

Lo de siempre

Publicado en *Caras y Caretas*, Bos Aires, 13-09-1913

Se había presentado sin recomendación; pero como la tipografía necesitaba entonces operarios, admitieron a aquel mocito pálido, con cara de escrofuloso y de hambriento, que no tenía trazas de valer mucho para la labor.

Sin embargo, a poco de metido en faena, el chico se reveló excelente cajista, activo en la composición y entendido en sacarla clara y limpia, de la primera vez. Los compañeros le tributaron entonces la estimación que infunde al artesano el trabajo bien hecho. Reservados con él al principio, pues no le conocían, y le sospechaban provinciano, empezaron a gustarle bromas y a tratar de intimar con él. Se tropezaron con un seriecito, callado, que a la salida iba derecho a su posada, a cenar y acostarse, cansado, según decía, y soñoliento.

— Mariano, ¿un pitillo?

— Gracias... No fumo.

— ¿Qué haces entonces? ¿Tíés novia, tú?

— ¡Bah! — respondía con descolorida sonrisa — para eso, tiempo queda.

— ¿Y tampoco te animas a copear un rato, eh?

— Me hace daño el vino

— ¡Le hace daño! ¡Qué barbaridá! ¿Oís? Una señorita parece.

Mariano se inmutó un poco. El compañero que se le interpolaba recogió velas, comprendiendo que podía haber ofendido al muchacho, sugiriendo en él afeminación.

— No quíé decir que no seas muy hombre.. .

— Hay otras maneras de ser hombre más que fumar y beber y andar detrás de las tías — declaró enérgicamente el chico. — Sus mejillas flácidas se habían coloreado, y sus cejas delgadas se fruncián.

El compañero, y los demás que formaban el grupo, le miraron con cierto respeto involuntario. Empezaban a notar que Mariano se expresaba bien, que tenía un modo de hablar decidido, y supusieron que allí habría algo... Y, como otra cosa no podía haber, se dieron por entendidos.

— Y que lo digas. Hay otras maneras, y son las grandes, ¿eh? También nosotros acá entendemos de eso. Hay que arreglar las cosas, niño, que están que no puén estar peor arreglás en este mundo.

De nuevo se animaron las demacradas facciones del muchacho, y brillaron sus ojos, pero una especie de timidez le cohibía.

— ¿Verdad que sí? — pudo articular al cabo.

— Y tan verdá, ¡roña! — articuló sombríamente uno de los compañeros, Martinete, conocido por sus ideas políticas exaltadas, y porque alguna vez pedía la palabra en los *meetings*. — Ya es hora de cambear, ¡yo digo!

Es menester que tós seamos iguales, y que el sol nos caliente a tós. La fija¹.

— Claro — reconoció Mariano; y, arrastrado por el interés de la conversación, consintió en entrar en un cafetucho, «porque — le decían, obsequiosos — una taza de café no es ningún exceso».

¹ SECO, Manuel, *Arniches y el habla de Madrid*, Madrid - Barcelona, Alfaguara, 1970 cita *la fija*, co significado de “la verdad”. En CARRERO ERAS, Pedro “Cuentos de escenario madrileño de Emilia Pardo Bazán”. *Doña Emilia: De Galicia a Madrid y el mundo por montera*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños-CSIC. 2021. Páx. 177.

Mientras se lo servían a los cuatro que habían salido juntos de la imprenta, el diálogo se apasionaba.

— Todos iguales, es la flor de la verdad — repetía Mariano, cuyos ojos eran faros. — Cada vez que nace un ser humano, nace un derecho, un derecho que no se puede negar, que está escrito en el alma. Y quien tiene un derecho, debe exigir que se lo reconozcan. Es un cobarde el que no lo exija.

— ¡Más claro! — aprobó Martinete. — ¡Más claro! ¡En eso ya estamos tós de vuelta, roña! Y lo diremos a voces, si se terciá.

— ¡Ah! — declaró Mariano. — Eso es lo que yo dudo. ¡Vosotros, y los demás, al tratarse de vosotros mismos. . . bueno, mucho de igualdad... de justicia! Pero al presentarse otros derechos, tan legítimos, o más, que los que os importan. . . estoy seguro... En fin, yo me entiendo...

— Pues yo no te entiendo, roña! Bramó Martinete. — Aquí tós somos buenos compañeros, ¿estás? y eso que dices es faltamos. Tú, que tan bien lo parlas, ¿estás asociado, por un casual?

— Todavía no... Pienso asociarme... ¡Cómo no soy de aquí!

Desde el ratito en el café, — en vano quisieron llevarle luego a un teatrúcho, — quedó «aquel golfillo» convertido en «el compañero Mariano», y con cierto prestigio en el taller. Existía, sin embargo, entre él y los demás tipógrafos, como una valla, una distancia. Le tenían por más culto y acaso por más sincero, más poseído, en silencio, de las ideas que ellos proclamaban entre guasonerías y tinitos² chulapos; más resuelto, y desdeñoso de los que no fuesen sino charlatanes, y no supiesen, llegado el momento, hacer una barbaridad por su ideal. Y al poco tiempo — como no podían menos de observarle — empezó a cundir algo vago y mal definido, una leyenda, un cuento tártaro. ¡El diantre del chico!...

No cesaba, en el taller, el cuchicheo misterioso.

— ¿Tú has reparao?

— ¿No te fijaste?

— A mí, lo que más espina me da es que, a la salía... Si no es de dudar. Ni que pase una morenaza, ni que pase una rubia...

— ¡Vaya! Y mía tú: hasta las hechuras. . .

— ¡No, hijo, eso no, las hechuras no! Un palo de escoba, hendío por la metá.

— Pues yo te digo que pongo la mano derecha, que es la que me sirve para ganarlo — afirmó Martinete. — ¡Que me corten el pescuezo. roña! Tengo mucho ojo y mucho costumbre.

— Oye, ¡si fuese, tú!

— No se podría aguantar... Pá disfraces, el Miércoles de Ceniza, al Canal³. ¿Nos paece?

— Y que lo digas.

— No, pues yo de la duda salgo hoy — declaró un tal Solero, que era pícaro e invencionista. — No me acuesto sin saber!...

La estratagema fue primitiva: simulando tropezar y caerse, se asió Solero a la blusa de Mariano, a su endeble tronco... Un cuarto de hora después, al desparramarse para el almuerzo los operarios, la noticia corría, se comentaba, se coreaba con risas, con chanzonetas de lo más verde, con chistes de zarzuela y de gacetilla, con onomatopeyas pecadoras.

— ¡Anda!

² Tinito: (do latín *tinnitus*). Segundo o *Diccionario de Términos Médicos* Real Academia Nacional de Medicina, sinónimo de acufeno; sensación auditiva (zunidos, sopros, pitos) non provocada por un son exterior real.

³ Nas ribeiras do Canal de Isabel II de Madrid adoitase celebrar aínda hoxe o enterro da sardiña.

— ¡Y qué bien que se sabe arreglar la chica!

— ¡Hasta el pelo cortao!

— ¡Ea, la guasa se acaba hoy mismo! ¡Hombre, no faltaba otra cosa, que también las mujeres viniesen ahora a hacer la competencia! Lo que es yo, no lo aguanto.

— Ni yo.

— Ni el hijo de mi mamá — becerreó Martinete.

— ¡Pues, por primera providencia. Vamos a darle un abucheo... superior!

Quedó acordado . Y Mariano, o Mariana, aguantó la granizada, con el rostro más blanco que de costumbre, los ojos bajos, un temblor de todo su cuerpo. Las bromas cínicas y denigrantes arreciaron, las demasías iban a comenzar. Entonces, del bolsillo del pantalón sacó la mano la tipógrafa, armada con un revólver chiquitito.

— ¡Al que me toque, lo aso!

Retrocedieron. La chungu, sin embargo, continuaba; pero callaron, al levantar la voz la disfrazada obrera, ronca, como escupiendo desprecio.

— ¡Hola, dijo irónica a su vez — hola, los de la igualdad, los fraternales! ¿Fraternidad de calzones, eh?

¿Para vosotros, farsantes, no soy persona? ¿Qué os decía yo en el café?

Que si llegase el momento de afirmar igualdades, seríais como los burgueses: igual. ¡Si lo sabíais! Pues de otro modo, ¿qué necesidad tenía de disfrazarme? ¡Con el traje de mi sexo me ganaría el pan, que me lo sé ganar mejor que vosotros, y estáis cansados de saberlo! Mi padre era tipógrafo, regente de una imprenta, y me enseñó este oficio. No sé otro. Sí; hay otro que no necesita aprendizaje... y a él me arrojáis, al no permitirme que me gane aquí la vida honradamente. ¡No, no tengáis miedo, ya me voy del taller; no necesitáis echarme a fuerza de hacer escarnio de mí! ¡Ojalá nunca consigáis lo que decís que queréis, farsantes, farsantes! Ni a vosotros os importa la humanidad, ni pensáis sino en vuestro egoísmo. Las mujeres, para instrumento, para divertirlos, para pegarles, para que os guisen... ¡Nos queréis por esclavas, como los hombres de esos tiempos antiguos, de que tanto malo decís! ¡Ah embusteros! ¡Abur!, que no me habéis engañado, os conozco! Y, haciendo un gesto de desdén indescriptible, Mariana se alejó, dejándoles atónitos.

— ¡Pues roña, tiene razón! — articuló al fin Martinete.

— Amos, ya está éste con sus chifladuras! — ridiculizó Solero. —.Mañana, ponte enaguas... y unos zapatitos bebé! Lo primero es ser hombre, ¡qué puño!

Y, a coro, repitieron los compañeros:

— ¡Lo primero, puño, es ser hombre!



Este conto atopouno Ruy Farinas no medio doutra investigación. Publicouno González Herrán e estudárono Joyce Tolliver. e Carrero Eras.

A señora Tolliver encádrao, no plano temporal, nunha época tumultuosa en España, no medio dos movementos sindicais que rematarían nos estados de excepción da primeira década do século XX; por iso resulta aínda máis interesante a idea que propón sobre a tensión entre ideoloxía política e ideoloxía de xénero, e como o feminismo de dona Emilia cuestiona o recurso da acción colectiva que caracterizaba aos movementos esquerdistas da época pero que non resultaba no eido da loita feminista. O resultado anticipa o discurso de Clara Campoamor nas Cortes Constituíntes de 1931.

GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel "Once cuentos de Emilia Pardo Bazán, recuperados de la revista *Caras y Caretas* (Buenos Aires, 1909-1916). *Siglo Diecinueve* nº 16 (2010) pág. 272-275

JOYCE TOLLIVER. " «Lo importante es ser hombre»: feminismo, sindicalismo y masculinidad en «Lo de siempre», de Emilia Pardo Bazán". *Et amicitia et magisterio: Estudios en honor de José Manuel González Herrán*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2021, pág. 749-753

CARRERO ERAS, Pedro "Cuentos de escenario madrileño de Emilia Pardo Bazán". *Doña Emilia: De Galicia a Madrid y el mundo por montera*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños-CSIC. 2021. Pág. 177.